



CAPITULO XVIII.

Eleccion del Gran Maestre.—Ultima resistencia de los Templarios en Tolemaida.—Sucesos y violencias de los musulmanes.—El Gran Maestre y 10 Templarios logran salvarse con el tesoro de la Orden embarcándose para Chipre.—Pérdida de Tiro, Baruth, Sidon y Castillo de los Peregrinos.—Proyecto de unir las dos Ordenes del Temple y del Hospital en una sola Orden.—Plan de una Cruzada.—Muerte del Gran Maestre.—Donaciones y Templarios ilustres de la época.

A PENAS cerró los ojos en su muerte gloriosa Fr. Guillermo de Belljoch, al cual acusa algun historiador, de ser el origen de la pernicioso práctica inmoral, gentilica y anticristiana, usada por los Templarios; su valor y su muerte combatiendo contra los enemigos del nombre de Cristo, le vindican sobradamente de tal calumnia, así como á todos los Templarios que sucumbieron en la célebre defensa de Tolemaida. Como hemos dicho, luego despues de su muerte, y encerrados en la fortaleza, á pesar de tan criticas y azarosas circunstancias, los Caballeros juzgaron de imperiosa necesidad, en el trance angustioso en que se hallaban, tener un jefe que les dirigiera, para librarse de toda responsabilidad en caso de un desastre que ya veian caerseles encima.

En efecto, el mismo día 18 de mayo de 1291, los capitulares eligieron á uno de entre ellos, llamado Fr. Theobaldo Gaudini, conocido ordinariamente por el monje Gaudini.

Este Gran Maestre tomó el gobierno de la Orden en ocasion por cierto nada envidiable; no obstante, demostró sus excelentes dotes y cualidades con las acertadas disposiciones que dictó, para la última defensa, secundado por algunos Caballeros teutónicos que se hallaban tambien encerrados en aquella fortaleza. Dueños como estaban los musulmanes de Tolemaida, atacaron con violencia el cuartel del Temple, y al ver el sultan la resistencia que se oponia á sus ataques, intimó la rendicion, y entrando en pactos Gaudini alcanzó una capitulacion honrosa, el 19, en la cual se estimulaba, salvas las vidas de todos los que se hallaban atrincherados con él; libertad de retirarse sanos y salvos donde quisieren; llevarse los efectos que cada uno pudiera, y, sobre todo, que no se atentaria al honor de las mujeres y doncellas que se hallaban refugiadas en dicho cuartel del Temple. El sultan consintió en estas condiciones, y, para seguridad de su palabra, envió uno de sus estandartes que fué izado sobre una torre, así como 300 turcos al cuartel de los Templarios, para vigilar que se ejecutasen al pié de la letra los artículos de la capitulacion; pero, mientras que todo se disponia para salir, y se aguardaba la aproximacion de los buques para embarcarse, el pérfido musulman arrastraba á las jóvenes y damas á los parages más ocultos de la casa y hasta de la Iglesia para saciar su brutalidad y sensualismo. Indignados los Caballeros al ver estas violencias corrieron á dar parte al Gran Maestre, quejándose de tanta infamia, á lo que contestó Fr. Gaudini. «¡Ah, Caballeros! yo no estoy menos afligido que vosotros, ¿qué podemos hacer en tan tristes circunstancias?» Animados los Caballeros del espíritu de Phinees, sin reflexionar en lo que podia sobrevenir, corrieron á las armas, derriban el estandarte musulman, colocan el de la Orden, se apoderan de las salidas, degüellan á los insolentes sin salvarse uno solo, y atrincherándose segunda vez, se ponen á la defensiva los unos en las puertas y murallas y los otros en la torre del Gran Maestre que se hallaba separada del castillo. El sitio comenzó de nuevo, prefiriendo morir y sepultarse, antes que entregarse á tan vil canalla, y aunque conocieron que su pérdida era inevitable, no quisieron admitir otra capitulacion que la muerte.

En un instante, los infieles atacaron el cuartel y castillo, en una mano la espada y en la otra la escalera, mientras tanto se concluia la mina que antes tenian ya adelantada los musulmanes: éstos suben atropelladamente la escalada con el afan de ganar lo alto de las murallas; en este asalto se combatió por una y otra parte con intrepidez. Los teutónicos fueron los primeros que pidieron capitular, y trataron con un Emir por su tropa unicamente; los Templarios continuaron su heroica defensa hasta el 20 de

mayo; en este día el Gran Maestre Gaudini, conociendo lo temerario de aquella defensa, y que era inminente el peligro que corria de ser pasados todos á degüello, á fin de calmar al Sultan, le deputó al Mariscal de la Orden, con algunos caballeros de los principales, encargados de implorar su clemencia, y esponerle la verdad de lo acontecido; pero el sultan, lejos de querer escuchar razones de ninguna clase, con la más cruel barbaridad, mandó cortar la cabeza al jefe de la Diputacion, dando á entender con esto la suerte que esperaba al Gran Maestre, y la venganza de que estaba poseido el espíritu del sultan. En esta estremidad, desesperando Gaudini de ablandar al vencedor, empleó gran parte de la noche en transportar á los buques de la Orden, el tesoro, archivo y todo lo más precioso en joyas, plata y reliquias, siendo bastante dichoso en burlar la vigilancia de Khalil, embarcándose en union de 10 Templarios sin advertirlo nadie.

Entretanto los Templarios eran atacados por todas partes, y los musulmanes ya casi apoderados de la torre llamada del Gran Maestre; como sus murallas estaban minadas, entre faltarles los apoyos y el peso de los sitiados y sitiadores que la asaltaban, se desplomó con espantoso ruido y sepultó en sus ruinas á las doncellas, mujeres, niños, Templarios y musulmanes. Las doncellas y damas que en dicho recinto se habian refugiado, sin duda prefirieron aquella muerte honrosa, al peligro que hubieran corrido de caer en poder de aquellos bárbaros más odiosos por su brutalidad y libertinage, que por su crueldad.

Los que defendian el cuartel del Temple se rindieron y fueron todos pasados á cuchillo, escepto las mujeres y niños que quedaron en la esclavitud.

Es muy digno de saberse el siguiente hecho heroico que refieren todos los historiadores: Habia en Tolemaida un monasterio de monjas de Santa Clara, y al saber la Abadesa que los sarracenos ocupaban la ciudad reunió en Capitulo á todas las religiosas y les dijo: (1) «Hijas mías, despreciemos esta vida, y conservémonos puras de alma y cuerpo, para nuestro celestial Esposo; haced lo que me vereis hacer, y no vacileis un momento en quedar desfiguradas en esta carne corruptible.» Dichas estas palabras, sacó un cuchillo y se cortó la nariz, quedando su rostro cubierto de sangre. Las demás religiosas siguieron su ejemplo; hiriéndose la cara, quedaron desfiguradas de una manera espantosa.

Apenas se había consumado este heroico hecho, entraron los sarracenos, cimitarra en mano, dentro del Monasterio. Al principio quedaron como aturdidos y desarmados, al ver aquel espectáculo, retrocedieron con horror, pero luego convirtiendo en furia su admiracion, se lanzaron sobre aquellas víctimas inocentes asesinandolas á todas.

(1) Pepecbr. 14 prelim. 272.—Wadding, 1291, núm. 8.—Bercastel lib. XLI, núm. 30.—Artaud de Montor. Vid. del Papa Nicolás IV.

Este suceso nos recuerda el caso análogo acontecido en el Monasterio de Benedictinas de San Pedro de las Puellas de Barcelona.

Cuando Almanzor entró en esta ciudad, en 986, temiendo la Abadesa Martrull, la violencia y la brutalidad de los sarracenos, para librarse del deshonor, ideó el desfigurarse la cara así ella como las demás religiosas, y así lo hicieron; y cuando los infieles entraron en el Monasterio, ávidos de saciar sus brutales instintos, al ver el rostro ensangrentado y desfigurado de aquellas religiosas, cebaron su furia en maltratarlas con golpes y arrastrarlas por el Monasterio, embarcándolas al último para Mallorca como cautivas » (1).

Los Frailes menores del colegio de Tolemaida fueron todos igualmente asesinados (2).

A más de 40,000 ascienden los muertos ó esclavos cristianos que perecieron en el sitio de Tolemaida, sin incluir en este número 500 Templarios que habia entonces en dicha ciudad y que la defendieron tan valerosamente, escapándose solamente los que acompañaron al Gran Maestre Gaudini en su huida.

Tolemaida fué tomada un viernes, á las tres, es decir en un mismo día y hora que lo habia sido por los cristianos en 1191: estos experimentaron la misma suerte que habian hecho experimentar á los musulmanes. Después que esta plaza se habia convertido en centro de comercio de los occidentales y levantinos, habia atesorado riquezas inmensas. Luego de saqueada, mandó el sultan pegarle fuego por sus cuatro costados, arruinó sus murallas, torres, iglesias y palacios.

Las ruinas de Tolemaida son dignas de la atención del curioso y del artista; aún se ven los restos de 30 iglesias y sobre todo de la Catedral cerca del mar; en el cuartel del Temple, el palacio de los caballeros, que debia ser muy hermoso, á juzgar por sus restos; aun se conserva una bella escalera, una parte de su Iglesia, y una puerta falsa que dá al mar, por donde salió y se embarcó Fr. Theobaldo Gaudini, con el tesoro de la Orden y sus 10 caballeros. En las cercanías de estos escombros, se hallan cantidad de grandes piedras redondas de trece ó catorce pulgadas de diametro, que seguramente serian las empleadas en este famoso sitio.

Después de la toma de Tolemaida, el musulman dirigió sus fuerzas contra Tiro, la cual se rindió al cabo de algunos días de sitio. Aunque se hallaba en estado de defenderse más tiempo; sus habitantes tuvieron la libertad de llevarse consigo cuanto pudiesen.

Los que defendian Baruth, engañados por las promesas de un Emir que les atrajo á la llanura, parte fueron pasados al filo de la espada, y

(1) Feliu de la Peña, An. de Cat. tom 1, lib. IX, cap. X, pág. 283.

(2) San Antonino, tom. 3. pág. 782.

parte cautivos de manera que no quedaba á los cristianos más que dos plazas marítimas defendidas por los Templarios. Sidon y el castillo de los peregrinos. La primera se defendió heroicamente obligando al ejército enemigo á retirarse; pero, al ver que se reunia una escuadra formidable para atacarles por mar, y que todas las fuerzas del sultan iban aglomerándose, con el proyecto de aplastarles, abandonaron Sidon así como el castillo de los peregrinos el cual durante más de 74 años habia sido el terror de los infieles y el refugio de los peregrinos. El enemigo, una vez dueño, arruinó sus fortificaciones y edificios inutilizándole por siempre. Los escombros, y ruinas de este castillo son aun considerables y demuestran que toda su fuerza consistía solamente en su ventajosa situación topográfica. Desde aquí los Templarios pasaron á Antarade, donde fueron tambien sitiados, viéndose, por último, obligados á refugiarse en Chipre, unos, y en la pequeña Tortosa ó Arade otros, á dos millas de la costa del mar, como lo veremos, en 1301 (1).

Tal fué el desastre y desgraciado fin de los cristianos en Siria. Nadie sintió más vivamente este golpe que el Soberano Pontífice. No contento con atestiguar su pena á los príncipes y repúblicas, hizo todos los esfuerzos imaginables para persuadirles á que se reuniesen contra el enemigo comun del nombre cristiano. En una de sus cartas se estiende de un modo particular en alabanzas del Gran Maestre Fr. Guillermo de Belljoch, no poniendo ninguna dificultad en comparar su muerte á la de un mártir. En efecto, el Gran Maestre Belljoch no tenia menos probidad que bravura, como lo prueba lo que ya hemos indicado, que Khalil para seducirle en vano le habia ofrecido sumas inmensas y grandes ventajas, nada fué capaz de hacer vacilar su fidelidad religiosa y su desinterés, respondiendo que no habia aprendido de sus antepasados el ceder por dinero una plaza que tanta sangre habia costado á los cristianos, que las promesas y las amenazas del sultan no podrian jamás en él lo que el amor que tenia á Jesucristo y á su orden (2).

El Papa encargó tambien á todos los metropolitanos que convocáran sus concilios provinciales, tanto para deliberar los medios de reconquistar la Tierra Santa, como para ilustrarle acerca del proyecto que tenia de reunir en una sola Orden á los Caballeros Teutónicos, Templarios y Hospitalarios.

Muchos Concilios se tuvieron á este objeto, alabando el plan del Pontífice, aconsejándole se apresurase á realizarlo; hacer de las tres corpora-

(1) Nangis.—Marin Sanut pág. 230.—Excidium Acconis apud Edmund. Martenne tom. 5. vet. Script. col. 757.
Rainaldi, S. Antonio de Florencia. Epitome Bellorum Sacror. año 1291.
De Guiques Hist. gen. de los Hunos tom. 4, pág. 162, etc.

(2) Pentaleo de ordine Joannit, pág. 88.—Rainald, n.º 7.
Centuriat, Magdeb. tom. 13.

ciones una regla comun, aprovechando de ellas lo mejor que hubiese en sus prácticas y observancias, y darles por jefe un Soberano, por ejemplo el Rey de Francia, el cual sin embargo, sería de nombramiento de la Santa Sede.

Ahora bien; si los Templarios eran entonces unos malvados de notoriedad pública, como así lo supone el P. Alejandro; ¿cómo es que no se halla la menor prueba, ni siquiera indicacion, en los Concilios que se celebraron en esta ocasion? Que se consulten los de Milan, Londres y Salvourg, y no se halla el más mínimo fundamento de semejante acusacion. Mucho más trabajo tenían los Prelados en corregir los abusos de sus clérigos y presbíteros, que hallar motivo para la reforma del Temple (1).

Creendo el Papa Nicolás IV, que reunidas las tres Órdenes militares trabajarían más eficazmente contra los infieles, lo comunicó á los Reyes de Francia, Inglaterra y al Emperador de los griegos; y hasta conferenció sobre este particular con algunos Preceptores del Temple y del Hospital, ménos para obtener su asentimiento, dice Wading, que para saber su disposicion. En su lugar correspondiente ya veremos la opinion del último Gran Maestre. Nadie escitaba con más ardor la ejecucion de este proyecto que el mallorquín Ramon Lull. Este sabio filósofo empleó todo el crédito de que gozaba en Roma, y entre los Príncipes cristianos para atraerles á sus ideas, pero todas sus gestiones fracasaron, lo mismo que todo el trabajo que se habia tomado el Papa para empeñar á los pueblos en una nueva Cruzada. El desgraciado éxito de las precedentes, la toma y ruina de los puertos necesarios para abordar á Palestina fueron la causa de que los occidentales no escuchasen sino con indiferencia la relacion que se hacia de los desastres últimamente experimentados en Oriente, y creyendo que el mal era desesperado, no se cuidaron de acudir al remedio.

En 1292 los Caballeros Teutónicos se marcharon á Prusia y Livonia de la cual eran Soberanos, no queriendo permanecer en Oriente, á diferencia de los Templarios y Hospitalarios, que esperando poder entrar otra vez en la Tierra Santa, merced á alguna Cruzada, no quisieron apartarse de su vecindad, aguardando nuevos socorros de Europa. Reunidos en Chipre, bajo la proteccion de Lusignan, se fortificaron en Límiso, antigua y hermosa ciudad, distante 40 leguas de las costas de Siria. Allí acudieron sucesivamente los que se escapaban de la cruel persecucion de los sarracenos. Era un espectáculo conmovedor ver á esos bravos Caballeros cubiertos de heridas, saltar de los buques con un continente noble, y resignado á su suerte, y penetrados de dolor por haber sobrevivido á la pérdida de la Tierra Santa. Aunque acudieron á Chipre los Caballeros que estaban diseminados en algunas pequeñas fortalezas, no eran bastantes para realizar

(1) Labbei, Concilia Maguae Britanniae. 1291.

los proyectos que habia formado el Gran Maestre, Gaudini; pues, á pesar de que era difícil el desempeño de tan elevado cargo en la penosa situacion en que se hallaba la Orden, incierto su destino, sin bienes, sin casas y despojado de todo, y los pocos Templarios que estaban á su lado llenos de heridas, y si bien es cierto que se hallaban interinamente establecidos en Límiso, no obstante consideraban dicha tierra extranjera y como un destierro en tan grande desolacion, para evitar el completo fin ó exterminio de la Orden en Oriente, hizo un llamamiento general á todos los Preceptores de Europa, para que acudieran á Chipre todos los Templarios disponibles, á fin de reorganizar las fuerzas, y estar prontos y dispuestos á entrar otra vez en Palestina, cuando un príncipe cristiano á la cabeza de alguna Cruzada deseara con celo librar la Tierra Santa de la tiranía de los infieles.

Esta confianza era tanto más segura, para ellos, cuanto el Papa Nicolás IV, compadecido de los desastres de la Palestina se habia dirigido á los príncipes cristianos escitándoles á su socorro, ordenando la convocacion de concilios provinciales, á fin de escogitar los medios más eficaces para el recobro de los Santos Lugares, y todo esto infundia la esperanza de que, á no tardar, la Orden del Temple podría entrar en campaña; pero, como desgraciadamente en esta época, muchos príncipes europeos tenían entre sí guerras desoladoras, fué preciso al Pontífice, por consejo de los metropolitanos, advertir á dichos soberanos cesasen en sus luchas, y quitasen el obstáculo que impedía la organizacion de la Cruzada, así como invitar á Felipe el Hermoso, para que se pusiese al frente de ella, y se prohibiese, segun lo ordenado en los Concilios de Letran y de Lyon, proporcionar armas á los sarracenos.

Aun hizo más dicho Papa. Se dirigió tambien á Andronico Paleólogo, emperador de Constantinopla, á Juan Commeno que lo era de Trebisonda, á los reyes de Armenia y Georgia, que, aunque del rito griego, estaban bien dispuestos á favor de los latinos, y hasta tanteó, con el mismo objeto, al Kan de Persia.

Sin embargo de tantas gestiones, medidas y súplicas, nada se hizo; ningun príncipe tomó las armas, ni la cruz, y los cristianos de Europa permanecieron en la más lamentable indiferencia para el recobro de la Tierra Santa. No obstante, los Templarios procuraron rehacerse de sus enormes pérdidas, esperando que la Providencia les deparase mejores tiempos para acreditar su valor é intrepidez contra los infieles, por cuyo motivo se establecieron en Límiso, para no dejar languidecer su ánimo, y no estar apartados de la Palestina, campo de sus hazañas y proezas.

Pero, como sus fuerzas marítimas no habian experimentado pérdidas considerables, se hicieron á la vela para el corso contra todo el litoral de Egipto, y proteger á los peregrinos que iban á visitar el Santo Sepulcro, aunque pagando crecidos tributos; y en sus expediciones daban caza á los